Domingo 29 mayo 2022
El Evangelio de la Ascensión del Señor C

Lc 24,46-53
¡Ven, Señor Jesús!

En la mayoría de los países la Iglesia traslada a este domingo la Solemnidad de la Ascensión del Señor, desde su día propio, que es el Jueves de la VI Semana de Pascua, es decir, cuarenta días después de su Resurrección, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, que relata este hecho: «A estos mismos (los apóstoles), después de su Pasión, (Jesús) se les presentó dandoles muchas pruebas de que vivía, apareciendoseles durante cuarenta días y hablandoles acerca de lo referente al Reino de Dios» (Hech 1,3).

En los Evangelios tenemos muchos textos que fueron escritos después de un tiempo de trasmisión oral –milagros, sentencias, parábolas y enseñanzas de Jesús con ocasión de alguna circunstancia– y adquirieron una forma autónoma, es decir, desvinculada de un contexto preciso. En general, no requieren más introducción que: «En aquel tiempo…». No ocurre eso con la Ascensión. Este hecho no puede ubicarse sino como el último, el que concluye la presencia física en la tierra del Hijo de Dios hecho hombre: «Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo». El mismo Lucas agrega en los Hechos de los Apóstoles: «Una nube lo sustrajo de sus ojos» (Hech 1,9). Ya no lo vieron más con sus ojos. Esto no significa que se separara de sus discípulos; significa que, en adelante, tendrá otro modo de presencia en ellos, mucho más interior, vital y eficaz, como lo observa San Pablo: «Si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así; el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo» (2Cor 5,16-17). Se trata de una presencia creada en el cristiano por el Espíritu Santo, que lo identifica con el Hijo de Dios hecho hombre hasta el punto de hacerlo clamar a su Padre con sus mismas palabras: «La prueba de que ustedes son hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: "¡Abbá, Padre!"» (Gal 4,6).

Como hemos dicho, Lucas escribió el relato de la Ascensión 30 o 40 años después de ocurrido. y, entretanto, los mismos apóstoles y otros mártires y santos habían vivido esa estrecha unión de identificación con Cristo obrada en el corazón por el Espíritu Santo y habían experimentado el inmenso gozo que produce. Eso explica que el relato de la Ascensión, a pesar de tratarse de la

separación física de Cristo, concluye con los presentes llenos de gozo: «Se volvieron a Jerusalén con gran gozo».

El episodio de la Ascensión marca el término del Evangelio –de lo que Jesús hizo y enseñó– y el comienzo del camino de la Iglesia, es decir, de la nueva presencia de Cristo por medio de su Espíritu. Para subrayar esto Lucas concluye el primer tomo de su obra –el Evangelio– con el relato de la Ascensión de Jesús y comienza el segundo tomo –los Hechos de los Apóstoles– con ese mismo relato. Esto explica que la Ascensión esté estrechamente unida a la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y, sucesivamente, sobre todos los demás cristianos por medio del Bautismo. Ambos eventos –Ascensión y Pentecostés– están separados por 10 días y de aquí nace la celebración de las novenas en la Iglesia. Ese tiempo de espera fue la primera novena.

Después de que Jesús fue elevado al cielo, los apóstoles se volvieron a Jerusalén llevando consigo una promesa suya, una promesa suya y de su Padre. Es la promesa más importante de la historia humana, tanto que Jesús mismo la llama «la Promesa de mi Padre»: «Miren, voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre. Ustedes, permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de Poder de lo alto». El Evangelio concluye en este suspenso. Así queda también ahora toda la Iglesia, durante una novena, a la espera de una nueva efusión del Espíritu Santo en Pentecostés.

La Ascensión del Señor pertenece esencialmente al misterio del Cristo (en hebreo, el Mesías), como había sido anunciado al pueblo de Israel. Debió ser uno de los argumentos usados por San Pablo en su predicación: «Pablo se dedicó enteramente a la Palabra, dando testimonio ante los judíos de que el Cristo era Jesús» (Hech 18,5). Todos reconocían que la introducción del Salmo 110 se refería al Cristo, a quien David –el autor de ese Salmo– llama «mi Señor»: «Oráculo del Señor (YHWH) a mi Señor: “Sientate a mi derecha”» (Sal 110,1). El mismo Jesús declara que eso está dicho de Él, y lo hace solemnemente ante el tribunal judío, cuando le preguntan derechamente si Él es el Cristo: «Le dijeron: “Si tú eres el Cristo, dinoslo”. Él respondió: “… De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios”» (Lc 22,67.69). Allí está ahora Jesús glorificado y allí estará para siempre. Nuestra fe confiesa que en dos lugares está Jesús, como verdadero Dios y verdadero hombre: sentado a la diestra de Dios y en el Sacramento de la Eucaristía, donde se nos da como alimento para tener con nosotros esa

estrecha unión, que desde el comienzo vivieron sus discípulos: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él» (Jn 6,56).

En la Eucaristía tenemos una estrecha unión con Jesús, más estrecha que la que tenían los apóstoles cuando Jesús estaba con ellos, antes de la venida del Espíritu Santo. Pero, de todas maneras, anhelamos su Venida gloriosa. Ese anhelo fue la primera jaculatoria cristiana, que pronunciamos también hoy en la Eucaristía: «Ven, Señor Jesús» (1Cor 16,22). Con ese anhelo concluye toda la Escritura: «El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!". Y el que oiga, diga: "¡Ven"! … Dice el que da testimonio de todo esto: "Sí, vengo pronto". ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (Apoc 22,17.20).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles